

STEPHAN SCHÄFER

25
ÚLTIMOS
VERANOS

Traducción de:
NOEMI RISCO MATEO



MAEVA

Para Andrea, Leonard y Ada

1

LAS 5:12. CADA mañana me despertaba a la misma hora. Así llevaba seis meses. Daba igual qué día de la semana fuera. Daba igual cuándo me metiera en la cama o qué infusión para dormir tomase. A esa misma hora me había despertado ese sábado de junio y me había ido solo al campo. Mi mujer estaba en un curso y nuestros hijos se habían marchado fuera con unos amigos. Normalmente pasábamos juntos los fines de semana en una casita que teníamos en el pueblo, apenas a una hora en coche, muy bien situada, con un gran tilo en el jardín y un viejo invernadero en el que cultivábamos con más pena que gloria tomates, zanahorias, calabacines y calabazas. Cogíamos frutos del bosque junto a la cerca de nuestros vecinos y luego hacíamos mermelada. Un columpio de madera casero colgaba algo torcido de una rama, y la hierba alta y las flores silvestres crecían a su antojo. Era más una zona salvaje que una exposición de jardinería.

Nos encantaba la mezcla de lo urbano y lo rural, combinar el ajetreo y la calma. Los cuatro estábamos de acuerdo, así debía ser el ritmo de nuestra vida, la base de nuestra familia. Era nuestro refugio, nuestra gran felicidad alquilada.

Sin embargo, no sé cómo había perdido mi equilibrio. Me había ganado el privilegio de escaparme los fines de semana a la naturaleza, pero ni siquiera allí, como aquel día, encontraba paz. Rara vez la tenía, por lo general eran momentos fugaces, ya que en mi cabeza casi nunca había silencio y el trabajo siempre estaba presente. Antes me pasaba el día entero tan a gusto holgazaneando y consideraba no hacer nada una virtud; no obstante, año tras año trabajando y *smartphone* tras *smartphone*, me fui volviendo cada vez más accesible, disponible en todas partes.

Igual que a mí les pasó a muchas personas de mi entorno. Mis amigos me contaban que se leían novelas enteras por la noche porque los pensamientos no los dejaban dormir. Otros se quedaban en vela escribiendo correos electrónicos hasta bien pasada la medianoche o practicaban deporte al amanecer para intentar librarse con ejercicio de la carga diaria.

Aquel sábado por la mañana, elegí la tercera opción, me puse las zapatillas deportivas y salí a correr de madrugada. Dado que pasaba de diez a doce horas diarias —a menudo más— en la oficina

o viajando, con aire acondicionado, sentado frente al ordenador o en trenes, con la mente llena de problemas que debía resolver, esperaba con ganas una desaceleración, aire fresco y equilibrio interior. Recuerdo muy bien lo despejado y tranquilo que estaba aquella mañana, cómo intentaba disfrutar con plenitud de la salida del sol, empapar-me de la belleza que me rodeaba; estar allí de verdad, no solo físicamente.

Lo tenía todo: el rocío matutino en los prados verdes, el canto de un mirlo, el suelo blando del bosque bajo mis pies... Pero también estaba esa pared de cristal entre el mundo y yo.

Y de ese modo, a cada paso, no me acercaba a la naturaleza ni a la ansiada sensación de ligereza, sino a mi escritorio mental, que estaba de nuevo a rebo-sar: la conferencia del próximo martes, la discusión del viernes pasado, a quién tenía que escribirle un correo electrónico justo después de desayunar y a quién tenía que llamar a continuación. Por no hablar del regalo de cumpleaños para mi tía, que primero tenía que ocurrírseme qué podría ser y luego tenía que comprar.

Siempre había algo. Me mataba a trabajar en lugar de vivir.

Podía estar treinta minutos fuera y no acordarme de si me había topado con alguien o en qué punto exacto me había desviado. Pero una cosa estaba clara

y me agobiaba mucho: en algún momento de mi vida había tomado el camino equivocado, había perdido la brújula interna. Hasta hace unos años estaba contento y me sentía libre, me encantaban las cosas que hacía, ya fuera en lo privado o en lo profesional. Pero con el paso del tiempo fui teniendo cada vez más obligaciones y menos libertad. No fue algo consciente, sino más bien paulatino. Me había convertido en uno de esos optimizadores que priorizaban el trabajo, el reconocimiento y ganar dinero. Estricto conmigo mismo, rara vez satisfecho y decidido en lugar de relajado. Impulsado por los plazos de entrega, las expectativas de los demás y las propias. No quería lo que tenía, sino lo que no tenía. Y así como el refrán alemán dice que el pájaro madrugador atrapa el mejor gusano, yo aquel día era un gorrión agotado prisionero en una jaula, cavilando, y no me parecía que aquello fuera bueno ni correcto. No me sentía como la persona que en realidad era. Y mucho menos como la que quería ser.

Mientras trotaba sin rumbo fijo por el bosque, pensé en algo que había leído hacía unos días: cuando todo se convierte en demasiado, los pensamientos giran en círculo en el cerebro. Y hay que romper esa dinámica. Por eso es importante hacer algo diferente de vez en cuando, y me pregunté qué podría hacer yo. De pronto, me vino a la mente un lago tranquilo junto al que solía pasar, que se encontraba entre el

bosque y nuestra casa. Nunca se me había ocurrido la idea de ir a nadar temprano por la mañana. Sin bañador, sin toalla, el agua demasiado fría... Pensé que podría ser una pequeña aventura en la rutina diaria. Y recordé lo que hacía de niño en la piscina descubierta cuando no quería ver, oír ni sentir nada: me sumergía recto en el agua, todo se volvía borroso a mi alrededor y a cada centímetro me alejaba un poco más. Cuando ya no podía aguantar la respiración, dejaba que algunas burbujas subieran y nadaba de vuelta a la superficie.

«Solo métete».

La idea era tentadora.

Me dirigí al lago.

2

UN ESTRECHO SENDERO me llevó directamente hasta la orilla. El agua estaba en calma, las ramas de un aliso aún dormían sobre los juncos y me detuve en un banco de madera improvisado. Un tablón, dos troncos y listo. ¡Qué lugar tan bonito y apacible! El lenguaje de la naturaleza no necesita traductor ni prospecto. Inspiré hondo y exhalé despacio.

Justo estaba pensando que Bullerbyn era mucho mejor que la oficina, cuando un crujido me sobresaltó. Me di la vuelta. De entre los matorrales, salió un hombre mojado y, sobre todo, desnudo, que debía de estar bañándose en el lago, y se acercó a mí. Era alto, delgado, tenía una postura firme, la nariz rojiza, el cabello canoso y espeso, una sonrisa cariñosa con unos ojos traviosos, y rondaría los sesenta y pico años.

—¿Qué tal? ¿También te has caído de la cama?
—me preguntó con la cara húmeda.

—No, más bien de la vida —me salió de pronto.

Todavía hoy sigue siendo un misterio para mí aquella respuesta. Desahogarme con un completo desconocido entre la maleza no había sido nunca una de mis principales habilidades. Todo aquello que me molestaba en ocultar a mí mismo y a los demás de repente se reveló, en ese momento, sin tapujos ni escudo protector.

A mi interlocutor, en cambio, le pareció una invitación a hablar.

—Soy Karl —se presentó. Fue hacia su bicicleta, que estaba apoyada en un árbol, cogió una toalla del portaequipajes y se secó—. No nos hemos visto antes, ¿verdad? —me preguntó.

—No, creo que no —le contesté.

—Me alegro de conocerte —dijo Karl.

Todavía hoy me acuerdo de lo cálida que era su voz, lo que me atraía su mirada y lo abierta y agradable que encontraba su forma de ser. Y lo mucho que me sorprendió que nuestra conversación no terminara ahí.

Karl continuó interesado, haciéndome preguntas cuando cualquier otra persona me habría deseado buen fin de semana y se habría marchado sin añadir nada más.

—¿Cómo es que nunca te he visto por aquí nadando? El agua está transparente, es refrescante y

muy agradable. Yo hago doscientas veintitrés brazadas todos los días. Desde Pascua hasta noviembre.

—Buena pregunta. Pues no sabría decirte —le respondí, y la verdad es que estaba un poco perdido—. A lo mejor es que no se me había presentado aún la oportunidad.

Karl se alegró.

—Bueno, entonces, ¿a qué esperas? ¡Métete en el agua! Puedes usar mi toalla.

«Simplemente métete».

Dudé un instante, luego me desnudé y bajé hasta el punto de acceso. Di un paso tras otro de puntillas, con cuidado porque la orilla era resbaladiza, me aferré a un arbusto y una libélula de un brillo azulado voló sobre mí como una socorrista. Karl tenía razón, el agua era transparente. Me deslicé despacio y nadé unas cuantas brazadas para empezar. Me sentía muy bien, en calma. El frescor del lago, esa sensación de alejarme un poco más con cada movimiento de lo que me pesaba... Todo eso podía quedarse en tierra.

Era lo más liberador que había hecho por mí mismo desde hacía mucho tiempo. Un banco de pecillos huyó de mí y se refugió entre los juncos.

Respiré hondo y me sumergí.

CUANDO VOLVÍ A la orilla, me habría gustado sacudirme como un perro mojado, pero Karl me pasó su

toalla sin que yo se la pidiera y pronunció una sola palabra:

—¿Y?

Conocía la respuesta.

—Maravilloso —me salió. Nos quedamos contemplando juntos el agua. Un lugar lleno de luz y claridad. Como una declaración de amor a la vida. Y el lago, el capellán—. Me pregunto por qué no lo habré hecho mucho antes.

Karl me miró pensativo y después me dijo:

—A veces se pierde de vista lo que a uno le va bien. Pero hay algo de lo que estoy seguro: la primera taza de café después de bañarse es la mejor del día. Te invito con gusto. Mi granja está justo aquí, a la vuelta de la esquina.

Y allí estaba yo, un sábado de verano, invitado por el que hasta ese momento era un total desconocido. Habría habido mil buenas razones para rechazar su oferta con amabilidad: el correo electrónico que debía escribir después del desayuno, las compras que aún me quedaban por hacer o el hecho de que no conocía a ese hombre de nada. Pero mi respuesta fue diferente. La solté sin vacilar. Simplemente accedí.

—Vale, sí. Dame tu dirección. Voy a casa corriendo un momento y me cambio.

Volvíamos juntos hacia la calle cuando Karl de repente se giró. Se agachó, recogió algunos palitos y

pedras del suelo y formó una cara sonriente en el banco de madera. Como hacen los niños.

—Por si acaso viene alguien más, para que empiece bien el día como nosotros —dijo.